

# Historia y tradición artificial. "La trayectoria de la antropología social aplicada en México", de Juan Comas

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 12/09/2014 – 13:35

RafaelGuevaraFefer\*

Haydeé López Hernández\*\*

Narrar la historia de las ciencias no ha sido una actividad privilegiada en la cotidianidad de la práctica científica –aunque este tipo de historia ha sido hartó útil para consolidar disciplinas e instituciones científicas–[1] sino hasta hace muy poco tiempo, cuando la reflexión sobre la utilidad del conocimiento se convirtió en un tópico fundamental de la agenda de los científicos, filósofos, sociólogos e historiadores.

Al menos, este ha sido el escenario de la antropología en México. Fue hasta 1964, cuando Juan Comas Camp (1900–1979) escribió la primera historia de la antropología en el país, bajo el título *Trayectoria de la antropología social aplicada en México*. [2] No debiera sorprender una fecha aparentemente tan tardía. Aun cuando se pueden rastrear antecedentes de la historiografía sobre ciencias nacionales desde los años porfirianos, la profesionalización e institucionalización plena de este campo de conocimiento conocido como ciencias antropológicas ocurrió hasta la década de los años treinta y cuarenta del siglo pasado, con la creación del Departamento de Antropología en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional y del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

De tal suerte, la historia hecha por Comas ocurre en un momento en el que la disciplina se encontraba en su plenitud institucional e incluso era un producto de exportación en América Latina. [3] Y quizás por ello Comas muestra un gran optimismo en su narrativa, presentando una antropología que, tras un desarrollo progresivo desde el siglo XVI, se encontraba en la cumbre del desarrollo científico.

Josep Llobera, en *Hacia la historia de las ciencias sociales*, considera que parte de este optimismo en tales historias deviene del contexto de escritura de sus autores, cuando estos se encontraban en la cumbre de su carrera profesional y cambiaron las actividades del campo por el registro escrito de sus memorias. Y sería posible, al menos parcialmente, usar la argumentación de Llobera para explicar el optimismo de la obra de Juan Comas, debido a que, cuando escribía su historia sobre la antropología, se encontraba en un gran momento de su trayectoria profesional: tras haber sido secretario del Instituto Indigenista Interamericano por varios años, así como editor de *América Indígena*, Comas encabezaba la recién creada Sección de Antropología en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, institución en la cual fundó los *Anales de Antropología*.<sup>[5]</sup> En ese entonces había recibido dos doctorados *honoris causa* (en 1940, por la Facultad de Letras de la Universidad del Cuzco, Perú, y en 1962 por la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima); era vicepresidente de la Union Internationale des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques, y presidente honorario de la American Association of Physical Anthropologists.<sup>[6]</sup> De esta última hizo una *Historia sumaria*, que como la vieja historia de la Royal Society de Thomas Sprat, pero a su manera, servía a la corporación de antropólogos físicos para mostrar los límites y el perfil de su saber, así como su importancia para comprender y organizar el mundo.<sup>[7]</sup>

### **En búsqueda de la tradición antropológica nacional**

Pero la narrativa histórica del profesor Juan Comas también muestra otros elementos, tanto de su trayectoria como de la disciplina misma, que son importantes para comprender la impronta de este trabajo en la memoria colectiva del gremio. Comas pertenece a la primera generación de profesionales que ingresó al recién formado Instituto Nacional de Antropología e Historia. Aquí su vocación docente y su perspectiva del quehacer antropológico, así como sus filias y fobias políticas, tuvieron el espacio propicio para convertirse, con el correr de los años, en una fructífera trayectoria profesional y disciplinaria. Proveniente de una familia de tradición liberal, estudió en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio (1918–1921), en Madrid, y posteriormente, siendo inspector de Enseñanza, realizó estudios de pedagogía y psicología en el Instituto de Ciencias de la Educación en Ginebra, mientras realizaba la licenciatura en ciencias biológicas. Como miembro del Partido Comunista,<sup>[8]</sup> al momento de la sublevación de 1936 Comas se hizo cargo de la Dirección General de Primera Enseñanza para la mejora de la enseñanza de programas en Madrid, Valencia y Barcelona, y estuvo al frente del programa Infancia Evacuada. Dos años más tarde colaboró en el trabajo burocrático del Ministerio de Relaciones Exteriores, para ser movilizado al frente en 1939 y,

en febrero de ese mismo año, ser llevado al campo de concentración de Argelès, de donde logró escapar y trasladarse a París y luego a Ginebra. Fue entonces cuando pudo terminar sus estudios en ciencias biológicas con Eugène Pittard,<sup>[9]</sup> embarcando hacia México en septiembre del mismo año.<sup>[10]</sup>

Desconocemos con exactitud la forma en que se integró a la academia mexicana. Es sumamente probable que, así como sus paisanos, se viese favorecido por las políticas de Lázaro Cárdenas frente a los refugiados españoles,<sup>[11]</sup> pero también es posible que sus credenciales académicas, entre ellas la de ser alumno de Eugène Pittard, fuesen el fundamento para incorporarse rápidamente en las altas esferas de la academia mexicana. Es preciso señalar que en México había instituciones y comunidades científicas con una experiencia iniciada con el México independiente,<sup>[12]</sup> de tal suerte que la aclimatación de científicos extranjeros era plausible y deseable entre las comunidades disciplinarias, que durante el primer tercio del siglo XX eran mexicanas, y al mismo tiempo transnacionales, o si se prefiere, universales y progresistas.<sup>[13]</sup>

En esa historia sobre la antropología Comas integra su propia experiencia, formación y origen, así como la herencia y orgullo de su terruño, e integraba el periodo novohispano como el origen de los conceptos antropológicos en México, noción que paulatinamente irá sustituyendo a aquella trazada por Andrés Molina Enríquez, que pretendía arraigar el conocimiento antropológico en el tronco de la zoología.<sup>[14]</sup> Siguiendo una línea totalmente diferente a la planeada por el famoso profesor del viejo museo, en breves páginas y aclarando que no sería este el lugar para desarrollar el tema, Comas aseguraba que los cronistas como Bartolomé de las Casas, así como las Leyes de Indias, preconfiguran los elementos capitales de lo que posteriormente se consolidará como ciencia antropológica, sobre todo por sus preocupaciones sobre la integración y atención de las poblaciones indígenas.<sup>[15]</sup>

Haciendo a un lado cualquier consideración histórica del proceso que ubique, diferencie y contextualice el periodo novohispano, por un lado, y los siglos XIX y XX, por el otro, con este breve apunte Comas integra su propio linaje nacional, el de la madre patria, a la identidad de un conocimiento que, como sostiene a lo largo de la obra, forjó una identidad propia, mexicana “esencialmente distinta a la aplicada en otros países y regiones del mundo” pero con fundamento universal, una liga estrecha con las preocupaciones de la antropología mundial.<sup>[16]</sup> La demostración de la existencia de una “tradicón antropológica mexicana” es el objetivo principal de su libro y, como ya han referido

otros, constituye una defensa de la tradición de aquellos que lo alojaron en el exilio: Manuel Gamio y Gonzalo Aguirre Beltrán.[17] Otros científicos españoles avecindados en México, al igual que Comas, como Modesto Bargalló y Germán Somolinos D´Ardois Ardevol, entre otros, realizaron operaciones historiográficas similares que buscaron la tradición científica mexicana y la encontraron vinculada con la madre patria, el primero con la química metalúrgica y el segundo con las ciencias médicas.

La genealogía que trazó en esta obra aparentemente difiere de la que pocos años atrás delineara para la antropología física, en donde no identificará el origen en la madre patria. En su obra *Buffon, 1707-1788, precursor de la antropología física*, Comas trata de mostrar que la biología y la teoría de la evolución tienen un campeón en este personaje, un precursor de ideas creativas para la antropología física, por lo que los científicos actuales son deudores y herederos del naturalista francés.[18] Aquí expone una visión internalista y difusionista, en la que la ciencia tiene su arraigo en Europa y de ahí se difunde al resto del mundo, como un producto hecho por titanes que logra arrancar los secretos a la naturaleza. Así, aunque en esta ocasión Comas no enarbola la herencia de la madre patria, sí defiende la cuna de su mentor –Pittard– y, con ello, la de *su propia tradición* académica, aquella que integrará a su práctica en México.

Sobre Comas como historiador de la antropología física, Miguel García Murcia lo ve cercano a quienes le antecedieron, como por ejemplo Nicolás León, pues comparten la misma concepción lineal y progresista de la historia:

Los trabajos de Comas más bien estaban enfocados sólo en ciertos aspectos. Estos acercamientos destacaban la labor de precursores de esta ciencia, con lo cual implícitamente se proponía una visión progresista de la ciencia donde el presente cobraba un sitio privilegiado. Esta visión lineal, progresista y presentista sobre la ciencia, exhibe el inconveniente para un análisis histórico de la antropología física, de obstaculizar la reconstrucción del pasado en sus propios términos.[19]

## Cambio de época

Pero regresemos al Comas historiador de la antropología social aplicada. La defensa de lo que denomina “tradición mexicana”, así como sus trabajos sobre racismo desde la década de los años cuarenta, han suscitado no pocas reflexiones y críticas debido a la aparente contradicción entre su defensa de las poblaciones indígenas y la empresa indigenista que impulsó.<sup>[20]</sup> Al igual que la mayor parte de los miembros de su generación, el ocaso de su vida se acompañó de las fuertes críticas emanadas de los nuevos criterios para observar la diversidad cultural y la antropología misma, así como del paulatino desmembramiento del discurso indigenista.

Su obra sobre la historia de la antropología, de hecho, fue escrita en el momento de crisis de la ciencia en general y de la antropología en particular. Por un lado, Comas escribió en plena efervescencia de la crisis epistemológica del conocimiento científico, y de los desencantos de la *guerra fría*, cuando se rechazaba que el fenómeno científico estuviese limitado a los estrechos márgenes de la lógica, y se trataba de insertarlo en la historicidad del resto de los fenómenos humanos.

En el ambiente nacional, por otro lado, el edificio del indigenismo se encontraba también en crisis. El resurgimiento de las ideas marxistas en occidente en la segunda mitad del siglo, e impulsadas en México por la generación de los refugiados españoles; el reforzamiento del pensamiento y conciencia latinoamericano tras la Revolución cubana y las reflexiones sobre el subdesarrollo de la región, entendido como resultado de las relaciones de producción feudales; así como las posturas autocríticas nacidas sobre todo en Europa y en particular, Francia, respecto al etnocidio de las minorías étnicas como resultado del expansionismo y colonialismo de las sociedades industriales de Occidente sobre el tercer mundo, y la teoría de la dependencia, tuvieron cabida y resonancia en las nuevas generaciones de antropólogos en México, quienes las integraron y adaptaron como crítica a los proyectos indigenistas de sus mentores.<sup>[21]</sup>

El contexto mexicano, además, era sumamente propicio para el desarrollo de tales propuestas, tanto por los movimientos de protestas estudiantiles y laborales de esta década, como por el contexto particular de la comunidad antropológica en el INAH. En 1965 la Escuela Nacional de Antropología e Historia dejó el vetusto edificio de la calle de Moneda, en el Centro Histórico de la ciudad, para mudarse a la planta alta del recién inaugurado Museo Nacional

de Antropología, en Chapultepec. La matrícula del estudiantado, desde entonces, crecería considerablemente, siguiendo la tónica de las universidades de la época. La mudanza también implicó el abandono de los viejos planes de estudio para introducir las nociones marxistas como columna vertebral de los programas. En este mismo año, la dirección del INAH sería ocupada por el último miembro de la generación posrevolucionaria: Ignacio Bernal y Pimentel, y con ello se marcaría la transición del poder de estos hombres a sus discípulos, quienes pretendieron infundir un nuevo rumbo a la disciplina.

Ejemplo de este ambiente de cambio y de transición generacional y teórica, fue la celebración del VI Congreso Indigenista en el que se hizo patente una “notable disidencia con respecto a la antropología orientada a la acción indigenista”. La escisión estaba encabezada por aquellos que fueron formados por los fundadores del indigenismo, como Gonzalo Aguirre Beltrán, Ricardo Pozas y Juan Comas, entre otros, en aquellos años en que la ENAH estableció convenios tanto con el Instituto Nacional Indigenista como con la OEA para integrar a sus estudiantes en los proyectos de antropología aplicada de ambos organismos. En aquellos años:

[...] a pesar de haber contado con un equipo de maestros de este nivel y calidad, las inquietudes intelectuales y políticas de muchos de los estudiantes de esta generación distaban de sentirse satisfechas con las clases que la Escuela ofrecía en este momento. Por lo cual muchos optamos por participar en grupos fuera de la Escuela; grupos o círculos de estudios [...] para estudiar por un lado aspectos de la antropología [...] y por el otro lado la orientación política dentro de líneas marxistas [...].<sup>[22]</sup>

Poco después, en 1972, varios de ellos reunirían sus esfuerzos en una crítica conjunta, en *De eso que llaman antropología mexicana*.<sup>[23]</sup> A partir de estos años, tales propuestas críticas y sus autores se insertarán a la columna vertebral de la disciplina sustituyendo el viejo canon.<sup>[24]</sup>

En su historia de la antropología, sin embargo, Comas no integra ninguna de estas discusiones y nuevas propuestas. Este hecho, sin embargo, no implica que no las conociera. Por el contrario, nos parece sumamente probable que el autor hiciera caso omiso del contexto crítico justo para refrendar su posición sobre la vigencia y viabilidad del

indigenismo, como una *tradición* de viejo cuño, consolidada, experimentada y comprobada, para dirigir el escenario mundial de reflexión sobre los derechos de las minorías y el racismo.

### Tradición local con alcance universal

Luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando las reflexiones sobre el racismo tuvieron un alcance mundial, México ocupó una participación destacada en la contienda de argumentos, en buena medida, con Comas como vocero en la Declaración de la UNESCO sobre el racismo. Como destaca Gómez Izquierdo, uno de los ejes que motivó la lucha personal de Comas fue la defensa de la justeza de los postulados de la doctrina indigenista y la ‘reivindicación del indio y lo indio’ ante los infundios, ignorancia y falsedades propaladas por los racistas hispanistas y antiindigenistas.[25]

El antropólogo mantuvo vigente este tema en sus escritos hasta la década de los años setenta,[26] por lo que su historia de la antropología, como defensa del indigenismo, puede observarse, más que como un interés particular en la historia de las ciencias, como parte de su agenda en contra del racismo.

Con su historia, Comas trata de regresar la mirada a América, para observarla ya no como el espacio de investigación de la “otredad”, sino como el ejemplo epistémico y político óptimo que puede guiar las discusiones y reflexiones que están cimbrando el edificio del viejo continente. Porque, para Comas, hablar de indigenismo es pertinente no sólo para los americanos, sino una propuesta de alcance universal. Es por ello que, a manera de introducción, su *Trayectoria de la Antropología*, trata de destacar el devenir de las preocupaciones mexicanas en el escenario mundial plagado de las grandes propuestas teóricas de los fundadores de la antropología como Malinowski, Evans-Pritchard, Frazer, etc. y, sobre todo, de diferenciarla de aquellas propuestas colonialistas de Inglaterra y Estados Unidos, donde el antropólogo funge como “consejero sujeto a la línea política marcada por el administrador”. [27] Por el contrario, la teoría y práctica antropológicas en México, imprimieron un particular matiz haciendo que el administrador quedara influenciado y en algunos casos, subordinado al dictado del antropólogo.

De esta forma, su convicción sobre la pertinencia y vigencia del indigenismo en los años y las preocupaciones de la posguerra trata de encontrar su fundamento en el universalismo de la tradición mexicana. En buena medida, Comas aquí también muestra su propio arraigo al país del exilio, que lo llevó a considerarse más “mexicano” que “español”. En una entrevista que le realizaran poco tiempo antes de su muerte, Comas recordaba de aquellos primeros años de su llegada a México:

[...] no soy ni fui más que por muy poco tiempo miembro de ninguna asociación de españoles, y, en cambio, pertenezco a muchas asociaciones donde hay mexicanos y españoles, pero en el ambiente mexicano. Esa actitud me sacaba del ambiente pertinaz de los refugiados, de cierto grupo de refugiados que vivían en torno al “caerá Franco”, “volveremos y trabajaremos allí”; yo siempre pensé que estaba aquí.[28]

Su arraigo a la tierra del exilio y su defensa de la “tradición mexicana”, sin embargo, es de dos vías: el indigenismo mexicano tiene vigencia para resolver las preocupaciones de Europa sobre sí misma pero, a la vez, es una tradición que emanó de la madre patria. Pese a su condición de exiliado y a las breves páginas que le concede a la tradición de su terruño, Comas logra con gran maestría colocar su tradición en el centro de la historia de la disciplina mexicana, porque la historia de la disciplina comienza con los cronistas del siglo XVI y, a la vez, él, como exiliado, no sólo se integró en el corazón del indigenismo mexicano como gestor, investigador y docente, sino que se convirtió en uno de los creadores de las principales instituciones antropológicas en el país.

### **Vigencia de una narrativa**

El interés de Juan Comas por la historia de la antropología trasciende el simple ejercicio de la remembranza de sus mejores años. Al historiar, Comas hace la disciplina y sus políticas, y también configura la memoria colectiva del gremio, de tal suerte que la impronta de su obra ha sido profunda. Pese a las críticas que sufriera la antropología aplicada que él defendió, y del cambio de timón que la nueva generación dio a la antropología, su propuesta sobre la existencia de una *tradición mexicana* se mantiene viva.



Pese a las críticas que recibiera su trabajo (y la tradición que estaba historiando) por parte de las siguientes generaciones, el trazo general de su historia arraigó en la comunidad antropológica provocando que la idea de una *tradición mexicana* de raigambre virreinal con Manuel Gamio como padre fundador, subsista como fundamento identitario de la memoria del gremio. El mismo crítico de la antropología aplicada, Guillermo Bonfil, integra esta genealogía y varios de sus presupuestos en su obra *México profundo*.<sup>[29]</sup>

La narrativa se ha adecuado a las más variadas tendencias teóricas y de interpretación, incluso acentuando cada vez más la importancia de los años revolucionarios. En la magna obra compilada por Carlos García Mora, Jaime Noyola Rocha comenta que:

Hasta antes del porfiriato, dichos estudios no lograron formar un sedimento lo suficientemente espeso como para institucionalizar la antropología en el país y crear una escuela mexicana; el origen de ésta debe buscarse en el periodo histórico coincidente con la consolidación de una burguesía nacional, interesada en conformar una academia mexicana preparada para asimilar los desarrollos de la ciencia de los países capitalistas metropolitanos, como vía de aceleración de la acumulación de capital.<sup>[30]</sup>

El éxito de la estructura de la narrativa de Comas no es gratuito. Acorde con su época y sin hacer mención explícita, con su historia de la antropología, Comas se insertó en la discusión sobre el papel de las localidades y periferias en el escenario de la ciencia hegemónica y universal. Su propuesta sobre el reconocimiento de lo “local” no es exclusiva sino, por el contrario, bastante común en la época, ya que a partir de la segunda mitad del siglo XX la mayor parte de los historiadores de la ciencia asumieron la universalidad del conocimiento científico e intentaron, a la vez, destacar las particularidades específicas del terruño. Incluso el concepto de tradición se ha convertido en un camino sugerente para los historiadores de la ciencia de nuestros días, quienes han omitido, casi por completo, la reflexión en torno a las conclusiones que pueden desprenderse al considerar a la ciencia como un componente de la cultura nacional.<sup>[31]</sup>

De tal suerte, el éxito de la narrativa de Comas no es aislado, sino que está vinculado al éxito y la utilidad de las historias nacionales. Porque también es cierto que las historias disciplinarias —como cualquier otro ejercicio histórico—, además de hurgar en el pasado, miran hacia el futuro, construyendo *historia* para inventar los modos de ser en el porvenir, para fundamentar su tradición y *ethos*. La historiografía que manufacturan los propios científicos también revela ideologías, teorías y sistemas de creencias, axiologías, utopías, y claro está, tensiones: generacionales, gremiales, metodológicas, partidistas, presupuestarias, amorosas y hasta chauvinistas.<sup>[32]</sup> Y, por supuesto, estos textos históricos contribuyen de manera rotunda a la emergencia de “estilos nacionales” de hacer ciencia.

Es indiscutible que existen múltiples razones por las que las ciencias sociales se interesan por su pasado, y en cada país son diversas y distintas. No obstante, consideramos que cada historia disciplinaria es producto de la voluntad de transformar y reestructurar disciplinas, y propicia el surgimiento de subdisciplinas y especialidades. Por ello, y para que resulte fructífero analizar las relaciones existentes entre las ciencias en su desarrollo y sus historias, es deseable distinguir entre los diferentes grupos que producen historia de la ciencia, los distintos públicos a los que va dirigida y los variados usos que tienen.

En el caso de los antropólogos en México, cuando han hecho antropología y escrito historia, no sólo hicieron su disciplina, sino que construyeron el país que habitamos, porque sus esfuerzos nos han educado y han dado identidad, y sus investigaciones han orientado, o en el peor de los casos, legitimado las políticas públicas del siglo XX.

---

\* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

\*\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Ejemplo claro de cómo ha sido imprescindible para el advenimiento de la ciencia moderna hacer historia, es el libro de Thomas Sprat sobre la Royal Society of London de 1667, escrito a pocos años de la fundación de dicha academia y en el que además de contar el origen de la institución impulsa el *ethos* científico propio del

mecanicismo de la modernidad tardía. Otra muestra rotunda de que escribir historia ha sido vital para la ciencia es la *Historia de las ciencias inductivas* (1837) de William Whewell, quien dicen inventó la palabra científico y desempolvó a fondo los saberes en Cambridge, para ponerlos al día.

[2] Juan Comas Camp, *Trayectoria de la antropología social aplicada en México*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1964.

[3] Hebe Vessuri “¿Estilos nacionales de hacer ciencia?”, en *Quipu*, vol. 11, núm. 1, enero-abril, 1994, pp. 103–118. Aquí nos informa que “En los comienzos, por carecer Venezuela de una tradición académica en antropología, su práctica indigenista se inspiró en los principios del indigenismo mexicano. Más tarde como consecuencia de las diversificación de las influencias etnográficas tanto norteamericanas, especialmente a través del programa de J. Wilbert de la Universidad de California, como francesa, fue creciendo un marco conceptual propio y una tradición indigenista menos dependiente de las pautas del indigenismo mexicano y ha contribuido a sensibilizar a la opinión pública y a las organismos oficiales competentes” p. 115.

[4] Josep R. Llobera, *Hacia una historia de las ciencias sociales. El caso del materialismo histórico*, Barcelona, Anagrama, 1980.

[5] Fue cofundador de la sección de antropología, junto con Paul Kirchhoff, Pablo Martínez del Río, Pedro Bosch Gimpera, Mauricio Swadesh y el apoyo de Efrén del Pozo.

[6] El primer cargo lo ocupó por dos periodos (1960–1964 y 1964–1968) y el segundo entre 1963 y 1964.

[7] Juan Comas, *Historia sumaria de la Asociación Americana de Antropólogos Físicos* (1928–1968), México, INAH, 1969, p. 128.

[8] Ingresó al Partido Socialista en 1927 (en el que fue consejal durante la República), y nueve años más tarde al Partido Comunista.

[9] Eugène Pittard (1867–1962) es considerado como uno de los pioneros de la antropología en Europa.

[10] Ascensión Hernández de León Portilla, “Testimonios. Juan Comas Camps”, en *España desde México. Vida y testimonios de transterrados*, México, UNAM, 1978, pp. 200–203.

[11] Dolores Pla Brugat, “Un río español de sangre roja. Los refugiados republicanos en México”, en Dolores Pla (coord.), *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, México, Secretaría de Gobernación/ INAH (Migración), 2007, pp. 35–61; Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coords.), *De Madrid a*

México. *El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, México, UMSNH/ Comunidad de Madrid, 2001.

[12] Rafael Guevara Fefer, “En busca de la tradición científica del México independiente. Una cita, un cuento y un gráfico”, en Ambrosio Velasco Gómez, *Humanismo novohispano, Independencia y liberalismo: continuidad y ruptura en la formación de la nación mexicana*, México, UNAM, 2009, pp. 2275–285.

[13] Rafael Guevara Fefer, “El biólogo Enrique Beltrán Castillo. Un científico humanista del siglo XX”, en Ambrosio Velasco Gómez, *Humanidades y crisis del liberalismo: del porfiriato al Estado posrevolucionario*, México, UNAM, 2009, pp. 155–176.

[14] Andrés Molina Enríquez, *Clasificación de las ciencias fundamentales*, facsimilar de la segunda edición de 1935, México, INAH, 1990, pp. 67–68.

[15] Juan Comas, *op. cit.*, 1964, p. 9. La argumentación sobre de las Casas está vigente hoy, pues su vida y su obra se han vuelto a considerar atentamente y más allá de la leyenda negra anglosajona, para ver cómo sus trabajos y sus días fueron la simiente de asuntos que actualmente trata la ciencia jurídica y la política, así como la antropología y la sociología, sirviendo de base para decidir las políticas de la corona, mientras que hoy las ciencias sociales son fundamento para diseñar las políticas públicas, ya sean éstas buenas, malas, abusivas, respetuosas o no, eficaces, productivas o inútiles.

Así, la conciencia de conocer al otro (el indígena) y hacerse consciente de que no es inferior, sólo distinto, sintetiza el quehacer antropológico contemporáneo si aceptamos, con Comas, que los orígenes de las ciencias mexicanas contemporáneas están en la Nueva España y omitimos las intenciones evangelizadoras de los misioneros.

[16] *Ibidem*, pp. 7–8. Es posible aquí también considerar la lectura de Jorge Gómez, quien asegura que Comas sufrió la “grilla” institucional en su incorporación a las elites mexicanas, quienes le hicieron sentir como “ciudadano de segunda” por su condición de exiliado. Véase Jorge Gómez Izquierdo, “El discurso antirracista de un antropólogo indigenista: Juan Comas Camps”, México, *Desacatos*, núm. 4, 2000, en línea [<http://www.ciesas.edu.mx/Desacatos/Ini.html>], consultado el 27 de junio de 2014.

[17] Andrés Medina señala que Comas realizó una “bien desarrollada construcción histórica de las premisas sobre las que se erige la política indigenista elaborada por un grupo de antropólogos que encabezaba Gonzalo Aguirre Beltrán”. Andrés Medina, “Juan Comas, como historiador de la ciencia”, en *In Memoriam Juan Comas Camps (199–1979)*, México, UNAM, 1980, p. 31.

[18] Juan Comas, *Buffon, 1707-1788, precursor de la antropología física*, México, UNAM, 1958, p. 32.

[19] Miguel García Murcia, "Aproximaciones historiográficas a la emergencia de la antropología física mexicana", en *Inventario Antropológico*, vol. 9, núm. 207-208, pp. 49-73.

[20] Jorge Gómez Izquierdo, *op. cit.*

[21] Guadalupe Méndez Lavielle, "La quiebra política (1965-1976)", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, México, INAH (Biblioteca INAH), vol. 2, pp. 354-363.

[22] Cabe recordar que a partir de 1951 la ENAH estableció un convenio con el Instituto Nacional Indigenista para crear la Sección de Antropología Social Aplicada para "preparar aquellos técnicos que en el futuro tengan encomendadas las labores a que va a emprender el Instituto Nacional Indigenista". Véase Correspondencia ENAH-INI, ms., febrero 1951, Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (AHENAH), sin catalogación.

Al parecer, a raíz de esto se fundaron las secciones de Etnología y de Antropología Social. Véase Guillermo Bonfil, "La generación de los magníficos y el resultado de las posiciones críticas en la antropología", en *Cuatro décadas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, ENAH-INAH/ Ediciones Cuicuilco (Cuicuilco), 1982, p. 48.

A partir de 1959 y hasta 1963 la ENAH también participó con la Unión Panamericana en el proyecto 104 de la OEA, para "ofrecer adiestramiento avanzado en las técnicas de las ciencias sociales aplicadas, a estudiantes apropiados de las naciones americanas". Véase "Programa Interamericano para el adiestramiento de postgraduados en ciencias sociales aplicadas. Documento informativo", Unión Panamericana, ms. 8 págs., AHENAH, sin catalogación.

[23] Margarita Nolasco *et al.*, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Comité de Publicaciones de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, s/f.

[24] Guillermo Bonfil, uno de los que encabezaron tales críticas, asumió la dirección del INAH en 1972.

[25] Jorge Gómez Izquierdo, *op. cit.*

[26] Comas participó, como representante de México, en la Comisión de Expertos sobre Cuestiones Raciales de la UNESCO, y en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1949) y la Declaración sobre la raza (1950).

[27] Juan Comas, *op. cit.*, 1964, p. 6.

[28] Ascensión Hernández de León Portilla, *op. cit.*, p. 204.

[29] Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo: una civilización negada*, México, SEP-CIESAS, 1987.

[30] Jaime Noyola Rocha, “La visión integral de la sociedad nacional (1920–1934)”, en Carlos García Mora (coord.), *op. cit.*, vol. 2, pp. 135–136.

Sobre los años virreinales véase en la misma colección Graciela González Phillips (comp.), “Antecedentes coloniales (siglos XVI a XVIII)”, en Carlos García Mora (coord.), *op. cit.*, vol. 1, p. 215.

[31] Hebe Vessuri, *op. cit.*

[32] Wolf Lepenies y Peter Weingart, “Introduction”, en Loren Graham *et al.*, *Functions a Uses of Disciplinary Histories*, Dordrecht, Reidel, 1983. A manera de contraste, véase Hebe Vissuri, *op. cit.*

Tags:

[Del oficio](#)

[Historiografía de las ciencias antropológicas](#)

[Historia de las ciencias antropológicas](#)

[Historia disciplinaria](#)

[Juan Comas Camp](#)

[Ciencia en México.](#)